4010

El Endiablado.

~~Blasco~~

R. Bayarri

18

EL ENDIABLADO

CUADRO DRAMÁTICO BASADO EN UNA NOVELA

DE

V. Blasco Ibañez

POR

R. Bayarri Pascual

Estrenado en gran éxito en el teatro de Pizarro el 30 de Noviembre de 1901.

VALENCIA:
IMP. M. FERRERÓ Y COMP.ª
1901

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posiciones, ni en los países con los cuales se hayan celebrado ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad intelectual.

El autor se reserva el derecho para autorizar ó no la traducción.

Los comisionados representantes de la sociedad de autores españoles son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Á MI QUERIDO AMIGO

D. Enrique Monterde

Si gratos han sido para mi los aplausos que el inapelable tribunal del público tributó á la mi humilde producción, más es la satisfacción que experimento al encontrar una ocasión para dedicarte una de mis obras.

EL AUTOR.

607821

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
DIRECTORA.	D.ª Carmen Ballesteros.
MARÍA.	» Encarnación Giménez.
D. ESTEBAN.	D. José Claramunt.
P. TOMÁS.	» Vicente Grancha.
P. RAFAEL.	» Manuel Marsal.

Epoca 1873

Acto único

Salón régio, en puerta al foro, y otra lateral segundo término derecha. A la izquierda, en primer término, ventana en cristales de colores. En el primer término derecha, sobre la pared un crucifijo de tamaño natural; cuadros de asuntos religiosos, en las paredes. En el primer término, junto á la ventana una mesa de caoba tallada en varios libros sobre ella, á su lado dos sillones de baqueta, y distribuidas sillas correspondientes. En las puertas cortinas verdes; derecha é izquierda del actor.

ESCENA I

La Directora sentada en un sillón: el P. Tomás en el otro.

P. Tomás. Eso no puede ser, reverenda madre; Don Esteban Alvarez, en seguridad, habráse ido ya al extranjero huyendo de la quema, y no volverá jamás por aquí, por España á darnos guerra.

Directora. Ah... asi lo quiera Dios. Padre Tomás, las amnistías políticas son frecuentes en este país, y aunque ahora se vea perseguido ese hombre endiablado, ó herege, quizá, presto podrá regresar á volver á darnos que hacer

P. Tomás. Eso sucedería, si nuestro hombre sólo fuese culpable de delitos políticos; pero... ¡Sí... ya arreglaremos la trama de modo que aparezca complicado en sucesos comunes para los que no se les pueda en modo alguno conceder indulto y que forzosamente conduzcan á un presidio. Esto, en seguridad, le mantendrá ale-

jado de aquí. Es lo que más le conviene, ¿no la parece?

Directora. No es eso facil, padre.

P. Tomás. Santa mujer, ¡para la compañía no existe cosa difícil de resolver! Don Esteban Alvarez, meses antes de la caida de Don Amadeo, mandó partidas republicanas en los montes de Cataluña, y ya sabemos que en España, esa guerra irregular de guerrillar, siempre es causa de atropellos, de los que bien pueden sacarse responsabilidades criminales, para hacerlas caer sobre quien convenga. Nosotros, cómo ya sabe, tenemos en todas las esferas buenos amigos que nos sirven bien, y además los sucesos políticos no pueden marchar mejor, por ahora, en nuestro favor. Esto se marcha, reverenda madre, y en breve tiempo quedará desvanacido el andrajo de revolución que aún nos martiriza. Dentro de poco, ó triunfan los carlistas, cada vez más poderosos en el Norte, ó surge victoriosa la restauración borbónica en la persona de Don Alfonso. Nosotros, como buenos «listos,» jugamos en ambas partes, ayudamos á las dos causas, y resulte quien quiera de los dos victoriosos, los amos seremos siempre nosotros.

Directora. Admiro vuestra listeza, Padre Tomás.

P. Tomás. No, hija: no entusiasmaros ante la grandeza de la institución de que formamos parte. Deseando extender la gloria de Dios, trabajamos sin descanso en el santo propósito de que el mundo entero admire su poderío tomándonos á nosotros por intermediarios. Grande es la empresa, inmensos medios se necesitan para ella y por esto no existe misión más noble ni meritoria á los ojos de la divinidad, que la que ahora le corresponde desempeñar, á usted, dando á Dios el alma tierna de la señorita Quirós, y al tesoro de la compañía su respetable fortuna, que nos pertenece y que hace tiempo vamos persiguiendo.

Directora. Padre mio; humilde sierva soy del Señor, pero haré cuanto me sea posible por dirigir las aficiones de esa niña á las más santas de las virtudes, y que su inmensa fortuna venga au-

mentar el tesoro de la gran empresa... ¡para la mayor gloria de Dios!

P. Tomás. Él la premiará, hija mia. Mucho tenemos que batallar para alcanzar la conquista del mundo, y que en él, se inaugure el verdadero reino de Dios; pero, lo lograremos, reverenda madre, ¡lo lograremos! porque nuestro ejército es invencible; los años trascurren por él sin hacerle mella; los huecos que la impiedad de la muerte causa en sus filas, se cubren inmediamente, y camina sin descanso, lentamente, á la sordina, siempre por el mismo derrotero y á la conquista de idéntico fin. Pero para la sublime obra, la compañía necesita dinero, ¡mucho dinero! Cumpla, usted, reverenda madre, su encargo. Que esa niña ó esa señorita, la condecita Quirós de Baselga, tome el hábito de religiosa, y que sus millones ingresen en el tesoro que hace tres siglos venimos reuniendo...

ESCENA II

Dichos, y el Padre Rafael, por el foro.

P. Rafael. *(Desde el foro.)* ¡Ave María! ¿Se puede, madre?

Directora. (*Levantándose*). ¿Qué ocurre Padre Rafael?

P. Rafael. Un caballero... que parece que echa *tufillo liberal*, desea hablarla, en urgencia, y sin testigos.

P. Tomas. (Eso es que sobro yo).

Directora. ¿No ha dicho su nombre ó título, ó?...

P. Rafael. No, madre.

P. Tomas. ¿Si será alguno de esos revolucionarios arrepentidos que ahora han subido al poder?

Directora. Pudiese ser muy facil. De todos modos, dígale á ese señor que vuelva mañana, y procure, antes de que se marche, saber su nombre, y si se empeña en negarlo, haga todos los posibles por saber quién es, para cuando vuelva mañana.

P. Rafael. Está bien, madre. (*Vase foro*).

P. Tomas. No deja de ser misterioso, eso de hacerse anunciar sin dar su nombre ó título, porque... (*Vocerío dentro, del P. Rafael y de Don Esteban*).

Directora. ¿Qué es eso? (*Va al foro: la sigue el P. Tomás. Desde el foro*).

P. Tomas. ¿Qué ocurre, madre?

Directora. No se asome; que no nos vea. Vamos. (*Vanse corriendo primer término*).

ESCENA III

Don Esteban, precipitado por el foro, y el padre Rafael detrás, en ademán desesperado.

D. Esteb. ¿Cómo que esta no es la hora para hacer vísitas?

P. Rafael. Señor, por nuestro Señor Jesucristo, que me está comprometiendo. En este colegio se guardan muy bien las reglas. La madre directora, como ya le dije, no puede recibirle ahora.

D. Esteb. Pues diga usted á esa madre que es preciso el asunto que me trae, tratarle ahora mismo en ella, sin pérdida de tiempo.

P. Rafael. En fin, si tan urgente es, probaré otra vez á rogarla á la madre, y.... (*Pausa*). Perdone señor que vuelva á molestar su delicada atención preguntándole qué nombre ó gracia es la de usted, para....

D. Esteb. ¡La del diablo!

P. Rafael. (*Santiguándose*). Ave Maria Purísima.

ESCENA IV

Don Esteban solo.

D. Esteb. Ese truan debe ser algún criado de «Jesuitas» Su modo de mirarme receloso y hostil, es propio de quien ha pasado toda su vida entre gente inquieta y aficionada á la sospecha, cmo son ellos.

ESCENA V

Dicho, y la directora por el primero, tras ella el P. Rafael que á una indicación de esta, vase por el foro santiguándose.

Directora. Dios guarde á V. caballero.

D. Esteb. Salud, Señora.

Directora. (*Cosas de endiablado*). Siéntese, y diga en qué puedo servirle en esta santa casa, destinada á educar á las jóvenes en el temor de Dios.

(*Se sientan en los sillones*).

D. Esteb. (*En tono inseguro*). Señora....

Directora. (Cosas de liberal. Que fastidio).

D. Esteb. Señora, en urgencia precísame terminar el asunto que aquí me arrastra, y en usted consiste el verse pre-to libre de mi presencia, que de seguro la distrae de más graves ocupaciones.

Directora. Ya le escucho; diga lo que desea.

D. Esteb. Acontecimientos imprevistos me obligan á abandonar mi amada madre España. No se cuando volveré ¡tal vez nunca! tal vez pronto. Una reciente tempestad ha caido sobre mi y demás republicanos, y. .. voy lejos muy lejos, aunque prometiéndome regresar á mi patria adorada, asi que se desengañe de los tunantes que hoy me empujan abandonarla, en lágrimas en mis ojos de amante hijo. ¡En tal situación señora! antes de partir á mi destierro, en el que tal vez pierda la vida, vengo aqui, adonde se me dijo está, á cumplir el más obligado deber, el de padre, que es el que en más fuerza conmueve mi corazón. En fin, vengo á ver á mi hija, déjeme V. darla un beso, y parto al momento, gozoso á mi destierro.

Directora. Debo manifestarle, con entera franqueza, que no entiendo lo que dice, ni á qué hija se refiere.

D. Esteb. (*Se levanta furioso*). ¡Oh!... (*se contiene*). Es verdad. (*Pausa*). Perdóneme Señora. En mi

cariñoso aturdimiento olvidé indicarla cuál de sus educandas es mi hija. Mi hija es...

Directora. Ante todo advierto caballero, que es la primera vez que le veo, y por tanto escuso preguntarle, si ha sido usted el que trajo á este colegio la señorita en cuestión.

D. Esteb. Yo no la he traido.

Directora. ¿Ni la habrá conducido aqui alguien por su encargo?

D. Esteb. No.

Directora. Pues ninguna de las educandas de la casa se encuentra en tal caso. Todas se hallan aqui por voluntad y disposición de sus padres, ó de las personas encargadas de su vigilancia.

D. Esteb. Señora.... acabemos, y á ver si logramos entendernos. Vengo en busca de Maria Alvarez y Baselga, que es mi hija.

Directora. (*Sorprendida*). (¡Alvarez! ¡Dios mio!) Caballero aqui no hay ninguna educanda de tal apellido.

D. Esteb. (*Exaltado*) ¡Señora!... no perdamos el tiempo. Aqui está la joven de que le hablo y necesito verla.

Directora. Aqui, caballero existe como educanda una Baselga, pero su primer apellido es Quirós, ó sea María Quirós Baselga, condesa de Baselga; esta no es su hija, y por lo tanto ignoro con qué derecho pretende usted verla.

D. Esteb. ¡Oh!... ¡malvados, le han cambiado mi apellido por el de Quirós! ¡Soy su padre Señora!

Directora. *(Con altivez)* ¡Caballero!... ¡vea usted lo que dice en la casa de Dios! (*Pausa*) Los padres de la educanda Baselga murieron hace tiempo. Es huérfana.

D. Esteb. ¡Mentira! ¡Oh!... ¡infames! ¡Señora!... ¡Por mi conciencia de hombre honrado, de hombre que jamás ha mentido, que esa niña de quién usted habla, es mi hija!
(Mirandola hito á hito) Yo señora, soy Esteban Alvarez, ex-comandante del ejército, uno de los pocos que huyen de su patria por no ver la deshonra consumada en la madrugada de la pasada semana ¡Oh!

Directora. (*Como aterrorizada)* ¿Usted?... es... Don Esteban Alvarez?...

D. Esteb. Padre de esa condecita de Baselga, ¡miserables! á quién me negais cambiándole mi apellido.

Directora. Caballero, yo no conozco su nombre terrible por lo que se refiere. Por desgracia, ¡quien ignora en España que exista D. Esteban Alvarez! Ninguno, ni aún aqui, en las santas moradas, donde se rinde culto á Dios hemos dejado de oir el infernal rumor del hervidero revolucionario conocemos de oidas á los hombres impios, que olvidando los más preciosos sentimientos, declaran la guerra al cielo y dirigen hordas armadas para destruir lo tradicional y venerado de nuestra patria, y después, en ese centro de escándalos que llaman las córtes, tienen el satánico atrevimiento de negar la existencia del que es autor del mundo, y algun día ha de juzgarnos... ¡Señor Alvarez le conozco, le conozco bastante! Ojalá que su nombre no fuese tan popular, que en ello ganaria su alma y tendria más segura su salvación.

D. Esteb. Señora, deje usted á un lado lo que le puedo contrarestar en pocas palabras. ¡Señora, oiga!.. En el día ó el año mil seiscientos, Giordano Bruno, un hombre mejor que V. cien veces, escribió un libro demostrando en razones, que no existe tal cielo, que la tierra se mueve, y que había otros mundos además del nuestro, y que por lo tanto, nosotros no éramos los únicos séres racionales que existian en la creación. Los muy «listos» doctores de la iglesia decidieron que aquel santo baron de la ciencia, aquel hombre sábio que por su sabiduria les derrumbaba estaba endiablado, y por ello mismo fué quemado vivo en medio de una plaza de Roma, por orden del ¡muy bárbaro! Papa Clemente Octavo, quien presenció la ejecución acompañado de obispos, arzobispos y cardenales. Mas á continuación señora ignorante, el día mismo diez y seis de Septiembre de mil seiscientos nueve, quedó terminado el primer *Catalego*, ó sea anteojo, por Galileo. ¡Galileo!... era católico romano ¡apostólico! pero Galileo se olvidó de todos los padres nuestros y ave-marias, todos los credos y todas las salves, de todos los rezos compuestos por

los hombres «listos» de la religión que llaman cristiana, porque á Dios único, ¡á Dios omnipotente! no se le adora en palabras sinó en buenas obras. En aquellos momentos que era cuando Galileo miraba por el anteojo, quedaba para él destruida la fábula de que Jesús era Dios, al contemplar todo tembloroso por la emoción que aquella estrella no era una pequeña luz vacilante, sinó una tierra, un mundo igual al nuestro, en nubes y montañas; luego dirigió su anteojo á Júpiter y nueva admiración, porque aquella otra estrella no solo es un mundo mil veces mayor que el nuestro sino que á su alrededor giran cuatro Lunas; mira á la Luna nuestra y distingue sus montañas y valles. ¡Oh Señora! hasta tiempo infinito estaría probándola que es falso todo cuanto de Dios de Roma nos cuentan ustedes, que se fingen nada menos que intermediarios de Dios todo poderoso cuando á él solo le basta desear para obtener. En fin Señora terminemos. Hágame el favor de que pueda ver á mi querida hija un solo instante.

Directora. Ya le he dicho Sr. Alvarez, que aqui no tiene ninguna hija y extráñame mucho que un hombre cual usted, á menos de haberse vuelto loco venga en circunstancias tan críticas para su seguridad, cuando tal vez le buscan para castigarle por sus excesos, á perturbar la tranquilidad de la casa de Dios. Este colegio tiene reglas estrictas, aprobadas por la superioridad y á las que no faltaré nunca.

D. Esteb. ¡Vive Dios!... ¿acaso señora, esas reglas pueden privar que un padre dé un beso á su hija?

Directora. Le repito ya muchas veces que no es V. padre de ninguna educanda de las que aquí existen, ni menos de la señorita Quirós, por lo tanto acabemos; se acerca la hora de comer para las educandas, tengo que presidir la mesa, y mi presencia es necesaria arriba para otros asuntos. Creo no podrá usted quejarse de la calma conque le he estado oyendo sus palabras, mas de insulto que de halago.
Le perdono y le ruego se marche, me urge quedar libre.

D. Esteb. ¿Marcharme yo?... ¡Oh!... ¿y sin ver á mi hija, estrecharla entre mis brazos? ¡Señora, eso jamás lo haré! (*Reta en la mirada á la directora*). ¡La aseguro, vive Cristo, que voy aprender fuego á este colegio, como no saque á mi hija.

Directora. (*Se arrodilla ante el crucifijo*). ¡Virgen Santísima, perdonadle!

(*Dentro, al compás de un armonium canta un coro de voces de educandas, en notas amortiguadas*).

D. Esteb. ¡Señora!... Señora, no soy hombre que vuelvo atrás en mis propósitos. Vengo decidido á ver á mi hija, y la veré por encima de todos los obstáculos que usted y las demás monjas opongan, y esto se vá á ver ahora mismo.

(*Váse decidido á entrar por el primer término: la directora se levanta de un salto haciendo la señal de la cruz, le impide el paso colocándose delante del primer término.*

Directora. ¡Ah!... ¡no! ¡no, por Dios, caballero, le suplico que no intente pasar!...

D. Esteb. Señora, deje libre el paso, ó no miraré el que sea usted mujer, y... (*Luchan á brazo partido*). ¡Oh!...

Directora. ¡No! (*Llamando*). ¡Padre Tomás! ¡aquí!...

D. Esteb. (*Retrocede*). ¡Hola!... A ver, que venga. A mí me gusta entendérmelas mejor en hombres que en mujeres.

ESCENA VI

Dichos y el Padre Tomás, por el primer término.

P. Tomas. ¡Ave María! (Haré el desentendido, cual el que nada oyó). ¿Acaso, inconscientemente, he venido á interrumpir á ustedes? Lo siento mucho. Ha sido una gran importunidad el llegar á esta misma hora.

D. Esteb. Mire padre cura, ó lo que sea, ni cuanto esta señora y yo hemos hablado le interesa á usted, ni el asunto menos, que aquí me trae; asi

es, que haria muy bien en no mezclarse en lo que se está tratando. Por lo demás le advierto que á mi no me gustan comedias ridículas en vida real, que las farsas las conozco inmediatamente, que usted ha oído escondido detrás de la cortina de esa puerta, todo cuanto hemos hablado, y yo veré á mi hija á pesar de la oposición de esta señora y de la hipocresia de usted, y dén aún gracias que no me propongo llevármela, pues si en ello me empeñara, tengan por seguro que lo lograría, aunque hubiese de pasar por encima de usted, de esta directora, de todas las demás monjas y demás gentes que encierra esta casa, que ustedes llaman santa.

P. Tomas. Vaya, vaya; cálmese un poco. Conozco muy bien á Don Esteban Alvarez, para no dudar que sabe muy bien cumplir cuanto se propone, y más si es contra las personas sagradas.

D. Esteb. Veo que no le es desconocido mi nombre, y que no me equivoqué al suponer estaba, usted tras esa cortina escuchando.

P. Tomas. Ya le dige, anteriormente, le conocia muy bien. En usted no valen engaños, cosa de la cual celebro mucho, pues tampoco á mi me place la mentira. No expié tras esa cortina en intención cual usted supone, pero si debo manifestarle que oí sus últimas palabras y á lo que vine aquí.

D. Esteb. Sabe amoldarse á todos carácteres. Es usted un perfecto jesuita.

P. Tomas. ¡Jesuita!... ¡jesuita! En España no los hay, les arrojaron ustedes el año sesenta y ocho!

D. Esteb. Eso no importa; saben disfrazarse muy bien tales parásitos, y si usted no lo es, merece serlo; pero en fin, esto no es ahora del caso. ¡Adelante! ¿Decia usted?...

P. Tomas. Que por deberes de mi ministerio, hace tiempo le conozco de nombre. He sido por algún tiempo el confesor de la baronesa de Carrillo... No haga mala cara por esto. Mi dirección espiritual, data de corta fecha; no conocia á la baronesa en la época que usted tuvo en ella y su sobrina asuntos de que no hay por qué hablar ahora. Continuando en lo que decía,

debo advertirle que conozco sus pretensiones sobre la señorita María Alvarez de Baselga...

D. Esteb. ¡Ah!... ¿Luego me engañó la señora Directora?

P. Tomás. La reverenda madre, hace lo que le ordena vuestra cuñada la baronesa de Carrillo, pero dado el caso de un padre;... ¡el cariño que demuestra!... por tanto, comprendo esta situación y me felicito de haber llegado en ocasión de servir de intermediario, entre usted, víctima de su carácter, y esta santa mujer, esclava de sus deberes que no quiere faltar á las leyes del establecimiento que dirige.

D. Esteb. Según eso, ¿usted está dispuesto á influir para que vea á mi hija?

P. Tomás. Oh, si señor; y el ruego de usted, uno al mío, para que la reverenda madre, permita que venga aquí su hija. ¿Accede á ello, madre directora?

Directora. Mandándomelo usted, padre, sí.

P. Tomás. ¿Se convence usted, señor Alvarez? Traiga aquí, reverenda madre, á la señorita Baselga, y acabemos de este modo en paz y en gracia de Dios.

Directora. Voy, padre. (*Vase primer término*).

ESCENA VII.

Don Esteban y el Padre Tomás.

P. Tomás. Ahora mismo verá usted á esa señorita, á su hija. Vá á cumplir su deseo, pero antes en interés á su bienestar y tranquilidad de corazón, le ruego que desista de su empeño y se retire.

D. Esteb. ¿Qué quiere usted indicarme en ese extraño consejo?

P. Tomás. Que esa señorita le odia á usted, pues se estremecerá de espanto al sólo oír el nombre de Don Esteban Alvarez.

D. Esteb. ¡Imposible! ¿Temblar una hija ante el nombre de su padre? Eso es un absurdo; alguna infame maniobra de los jesuitas, de ustedes; mi-

serables! que pretenden robarme cuanto amo. ¡A ver... pronto... venga aqui mi hija! ahora màs que nunca, necesito verla.

P. Tomás. Silencio, que viene.

(*Coje á Maria por un brazo, la acerca á Alvarez y la dice con misterio*).

Señorita, al señor, le conoce usted perfectamente. Es Don Esteban Alvarez.

Maria. (*Retrocediendo asustada*). ¡Ah!... Cómo!... ¿Qué es esto? ¿por qué me presentan ante el hombre endiablado?

D. Esteb. ¡Oh!... ¡no, no les creas; soy tu padre!

Maria. ¡Mi padre!... ¡Qué horror!... usted no es mi padre! mí padre murió; usted es Don Esteban Alvarez, el que vendió su alma al diablo, el verdugo de mi madre; el ángel malo de mi familia.

D. Esteb. (*Vá hacia al cura y á la monja en ademán de amenaza*). ¡Infames! Habeis hecho más aún de lo que creia auxiliados por la fanatizada familia de mi difunta esposa, no solamente me habeis separado de mi hija, si no que la enseñais á que se horrorice y tiemble ante el nombre de su padre. ¿Qué espantosas mentiras habeis dicho á esa infeliz cuanto inocente aún niña? ¿qué tremendas calumnias habeis filtrado en su alma virginal, sobre mi pasado? ¡Canallas jesuitas! ¡Viles! Hace un momomento os despreciaba, pero ahora me causais asco y temor! y siento ansias de aplastaros la cabeza. ¿No os basta? ¡ruines! lucrar á costa del pueblo ignorante, viviendo cual príncipes, sino que aún, luego os convertis en instrumento y verdugo del hombre de ciencia y hasta del ignorante, esplotado que ve en vosotros al representante de Dios. ¡Ah!...

(*Coge á Maria fuertemente por un brazo*).

Maria. (*Haciendo por soltarse de Alvarez*). ¡Madre!

D. Esteb. ¡Soy tu padre, hija mia! vengo en busca de tu bien! ¡Por Cristo! que he de salir de aquí con ella!

P. Tomás. D. Esteban, vea V. lo que hace.

Directora. (*Asustada*) Caballero, que profana usted la la casa de Dios.

D. Esteb. ¡Del Dios de Roma, señora! del Dios cruel, no

del Dios todopoderoso, del Dios omnipotente!

Maria. (*Luchando por deshacerse de Alvarez*) ¡Ah! ¡Madre!... ¡Suelte!

P. Tomas. Piense usted, Sr. Alvarez que los suyos han caido del poder; que ya no existe República, que el actual gobierno monárquico le persigue y que si dá un escándalo, la servídumbre de este colegio llamará á la policia, y resultarán inútiles todos los esfuerzos, inútiles todas sus precauciones para huir.

D. Esteb. (*Saca de su bolsillo una pistola.*) Para evitarlo basta esta pistola. Es mi hija, ¿entendeis? ¡yo! me la llevo por derecho propio. ¡Acercaros á arrancármela de mis brazos!

Maria. ¡No! ¡no! ¡No quiero irme con V.! ¡Madre! (*Lucha por soltarse.*)

D. Esteb. Eres mi hija, no te separarás ya nunca de mis brazos; quiero salvarte del hambriento lobo que anhela solo tu fortuna y nuestra desdicha.

(*Luchan Esteban y Maria, esta por deshacerce de él; en medio de esta lucha se le escapa un tiro y Maria cae herida mortalmente en el suelo*)

Maria. ¡No!

D. Esteb. ¡Si! (*Detonación.*)

Maria. ¡Ay! (*Cae muerta.*)

D. Esteb, ¡¡Oh!!... ¡Fatalidad!.. ¡Hija!

(*La Directora á la ventana; Padre Tomás al foro.*)

Directora. ¡Socorrooo!...

P. Tomas. ¡Favor!... ¡aqui todos!

D. Esteb. ¡Hija!... ¡Oh! ¡miserables!

(*Se arrodilla todo aturdido para auxiliar á Maria.*)

¡Muerta!... ¡Si, yo la he matado inconscientemente! En su corazón—tan ingrato para mi por culpa de esos jesuitas—penetró la bala.

(*Cobra ánimo, se levanta, se tranquiliza un tanto, y en un arranque de conformidad, dice.*)

¡Si, eso es!... Para que hubiese sido un instrumento útil á los jesuitas, la prefiero asi, asi. ¡Muerta si! ¡por la ~~conciencia~~, consistencia y por la desgracia!

Telón Rápido

UNIVERSITY OF MICHIGAN